

NOCIONES DE ARQUITECTURA AL ALCANCE DE TODOS.

TERCERA CONFERENCIA.

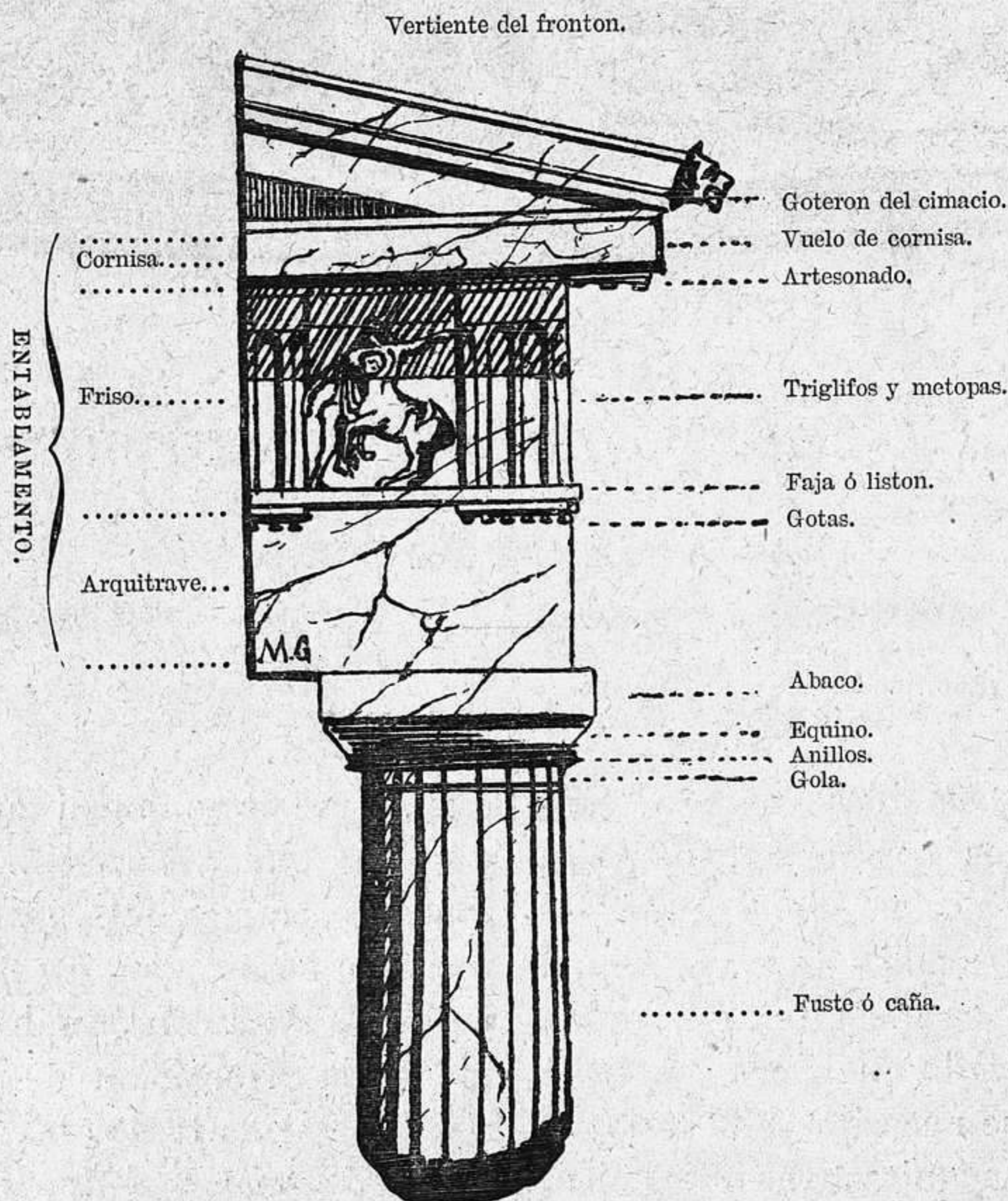
Supongo, amables lectores, tendréis algunas nociones elementales de Geometría, y así me será más fácil que comprendais todo cuanto he de explicaros en adelante. Así, ¿quién no ha observado que para construir un edificio se necesita ante todo *del plano* de un arquitecto?—Pues bien, los planos son dibujos gráficos ó imágenes de la obra que se trata de levantar, y podemos decir también: el arquitecto con sus dibujos geométricos emplea un lenguaje universal, que se encargan de interpretar los obreros, dando las *formas* y dimensiones que ha estudiado sobre el papel, para que luego se pueda construir; por ejemplo, la casa donde vivimos, cuyos más importantes detalles iréis sabiendo poquito á poco, por-

que..... mejor se suben las escaleras despacio que á saltos..... y no por mucho correr se llega ántes; y finalmente, á Dios rogando y siempre trabajando. Para comprender perfectamente la disposición de un edificio son necesarias tres cosas: *la planta, el corte ó seccion, y el alzado ó fachada.*

La planta de una construcción cualquiera es *la representación de todas las superficies horizontales, sobre las cuales descansa toda la obra, ó también sobre las que deba levantarse con arreglo al plano.* Así, por ejemplo, cuando se han construido ya los *cimientos*, ó sea la construcción fundamental que sirve de base á la edificación, se puede tener una idea aproximada de la planta cuando salen los muros á flor de tierra ó están

á un mismo nivel. Además se necesitan otras *plantas* en los dibujos, para saber la *distribucion* de los pisos de sótanos, el que da á la calle, el entresuelo, principal, segundo, tercero, cuarto, y los *infernales sotaban-*

cos, destinados para los infelices que por su pobreza tienen que guarecerse en tan penosas viviendas, achicharrándose en verano y helándose en invierno, á pesar del sofoco que les ocasiona subir ciento y pico de



[FIG. 17.—*E. til*) dórico-griego.

peldaños. Dispensadme esta digresion; pero es preciso, queridos lectores, que censureis conmigo la poco caritativa idea de que en Madrid se aglomeren las habitaciones como los nichos de los cementerios, con la diferencia de que en éstos, aunque mal dispuestos, reposan eternamente los difuntos, mientras que los vivos se mueren, no de viejos, sino

de enfermedades atrapadas en cuartos húmedos, malsanos ó de pésimas condiciones higiénicas.

La *seccion de un edificio* es la representacion de un *cóрте vertical*, que se le diera en sentido de su mayor extension ó profundidad. Así hay *cóрте longitudinal* cuando resulta la seccion paralela á la fachada principal ó de honor, y *cóрте trasversal*, el para-

lelo á las caras laterales ó fachadas de costado. Por ejemplo, figuraos que el Museo del Prado fuera todo, á ser posible, de mazapan, y que con un cuchillo (grandecito tenía que ser) se cortaba recorriendo verticalmente la línea más alta del tejado, *que se llama el caballete*; entonces, separando los dos largos trozos, se verían en la sección los interiores de los salones con las ricas colecciones de pinturas de los grandes

artistas, que nos envidian los extranjeros.

Hablemos ya del *alzado* ó *fachada*. Por tal se entiende la representación de los frentes ó caras de un edificio, así como todos los detalles de puertas, ventanas, etc., y adornos que las realzan.

La *fachada* es la *imágen del edificio*, y del mismo modo que en las personas es su cara ya sucia, fea, ingrata, descompuesta, insulsa; ó

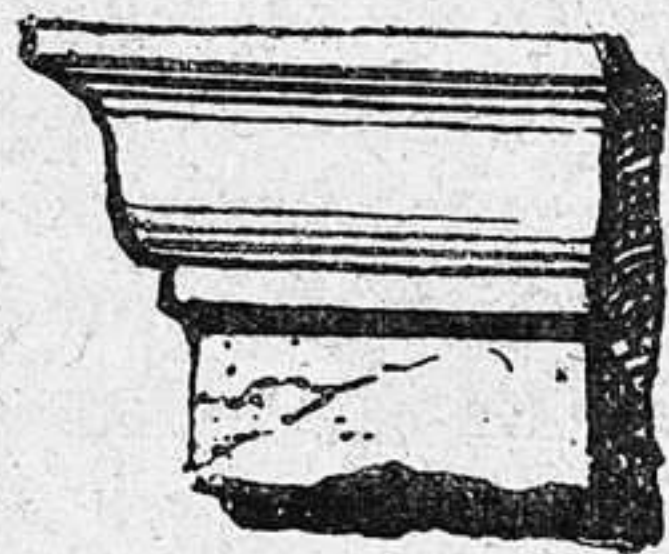


FIG. 18.—*Cimacio.*

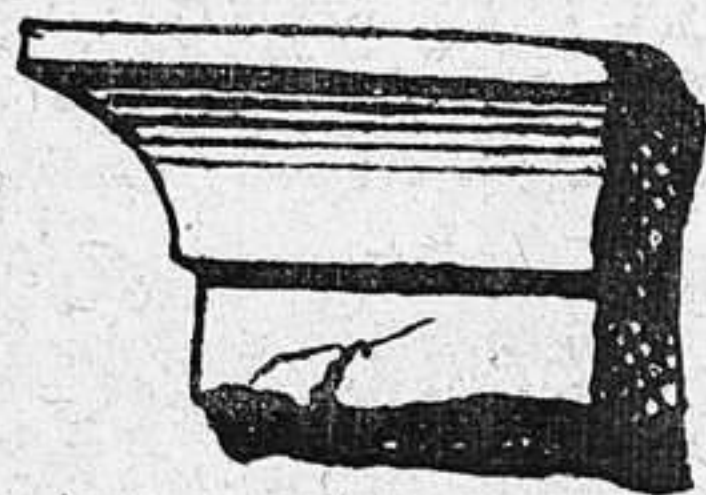


FIG. 20.—*Caveto.*

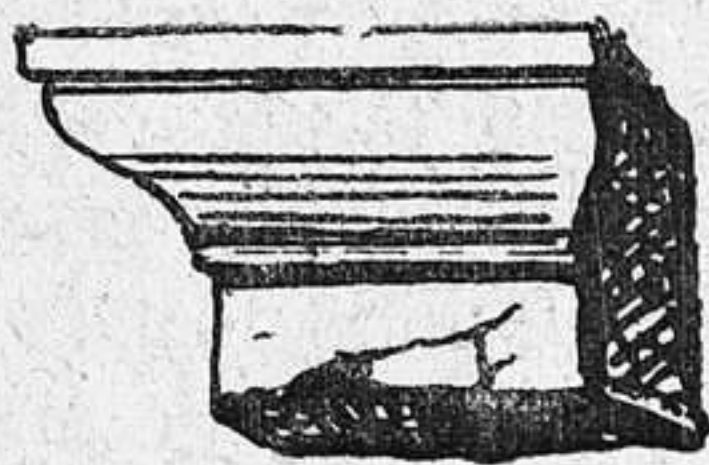


FIG. 19.—*Talon.*

limpia, hermosa, agradable, acicalada y expresiva; así también podemos decir otro tanto de las fachadas de los edificios, por más que no siempre se corresponda el exterior con el interior de las personas ó de las casas, pues no suele ser oro todo lo que reluce, y ménos en estos tiempos del *doublé*, y en los que se da frecuentemente gato por liebre, ó casas con *muchas pretensiones* en los adornos y *muñequerías* de las fachadas, y dentro..... ¡alcobitas, salitas, comedorcito, cocinita.... y etc.!

Vaya, no os riais más y prestadme un poquito de atención, que voy á

hablaros de la *Arquitectura griega*; ¡la bella, la clásica, la admirable arte, que levantó monumentos tan bien compuestos y ordenados, que han pasado sus puras y correctas formas como los modelos más sencillos y perfeccionados del ingenio humano!

El origen de la arquitectura griega fué la cabaña en toda su sencillez. Véase de nuevo la figura 2.^a De aquellos troncos de árbol que sirvieron para formar la pared rústica, nació la idea de la *columna*, palabra latina, derivada de la griega *columnen*, que significa *apoyo* ó *sosten*.

Los griegos concieron principalmente *tres estilos de columnas*, ó sean los llamados *orden dórico, jónico y corintio*. Un orden arquitectónico se compone del *entablamento, columna y basa*. La figura 17 es un ligero bosquejo, ó cróquis geométrico, con los nombres de las *molduras ó partes salientes* de la decoracion. Este orden, que compusieron los dorios, indica una arquitectura sencilla, robusta y grandiosa. La columna dórica se compone sólo del *capitel* y de la *caña ó fuste*, con *estriás*, que son anchas ranuras verticales. El entablamento lo forman el *arquitrave, friso y cornisa*. Esta protege los relieves, figurando luchas de centauros (cuerpo mitad de hombre y caballo), que destacan sobre el fondo

cuadrado, que se llama *metopa*, la cual solia estar pintada de *rojo* para hacer resaltar más las marmóreas figuras, labradas con exquisito gusto y primor. Sobre la cornisa de la fachada asienta el *fronton*, á cuyo espacio triangular se nombra *tímpano*, y se decora con magníficos relieves esculturales, como, por ejemplo, el moderno fronton del palacio del Congreso. Las figuras 18, 19 y 20 indican claramente, en mayor tamaño, la forma ya cóncava ya convexa de las molduras de este orden que emplearon los griegos en el célebre templo del Partenon, segun veréis pronto, puesto que por hoy bueno será descansar un momento.

Abril de 1876.

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.



EL TESORO.

Una jóven y un anciano estaban sentados y hablando, como vulgarmente se dice, en amor y compañía en una pequeña habitacion, cuyos muebles, aunque modestos y sencillos, estaban cuidadosamente arreglados y revelaban los esfuerzos de la pobreza cuando no es desidiosa y abandonada; el órden, el gusto y la extremada limpieza daban al cuarto cierto aspecto de elegancia; cada objeto ocupaba su respectivo lugar; los ladrillos del pavimento se veían perfectamente fregados, la estera brillaba, y la ventana, adornada con dos cortinas blancas de algodón, tenía en su pretil algunas macetas con flores. Era la caída de la tarde, y una luz purpúrea alumbraba la humilde estancia y encendía el rostro encantador de la jóven y reflejaba en los blancos cabellos del anciano.

Éste estaba medio recostado en un grande sillón de junco, que una industriosa solicitud había rodeado de almohadones; una banqueta vieja trasformada en taburete contenía sus mutilados piés, y el único brazo que le quedaba le tenía apoyado sobre un veladorcito, donde se percibía un cigarro de papel y una petaca de cuero.

El viejo soldado tenía un rostro atrevido, manifestando aquella habitual franqueza que aminora la común rusticidad de la gente que ha

servido en la clase de tropa; su bigote entrecano ocultaba la sonrisa que asomaba en sus labios, mientras contemplaba á la jóven que tenía á su frente. Ésta tenía como veinte años; rubia, de facciones muy delicadas, y cuyo semblante dejaba adivinar todo lo que pasaba en lo más recóndito de su alma. Tenía un periódico en la mano y le leía al inválido; pero de repente interrumpe su lectura y se pone en ademán de escuchar atentamente.

—¿Qué es eso? preguntó el anciano.

—Nada, contestó la jóven, dando un ligero suspiro.

—¿Creiste que era Cárlos? repuso el veterano.

—Ciertamente, respondió la lectora, enrojeciéndose un poco; es la hora en que acostumbra á venir.....

—¡En que acostumbra á venir! repitió Vicente en tono pesaroso.

Susana abrió los labios para justificar á su primo, pero su razón protestó en seguida contra este intento, pues se detuvo al instante, quedando despues pensativa.

El anciano llevó su única mano á sus bigotes, y comenzó á retorcerse los con impaciencia; éste era su acostumbrado gesto cuando le preocupaba algún triste recuerdo.

—Nuestro recluta, dijo, camina por malos senderos. Siempre viene

de mal talante; se emancipa del trabajo para buscar distracciones, y esto es un mal para él y para nosotros.

—No diga usted eso, tío mio; usted le hará desgraciado, respondió la jóven; es un mal momento para pasarlo bien; desde algun tiempo á esta parte ha formado mi primo ciertos proyectos..... Debe estar desanimado para trabajar.

—¿Por qué?

—Porque dice que no puede esperar nada; cree que son inútiles los esfuerzos para su porvenir, y asegura que lo mejor de todo es vivir sin esperanza, dejándolo todo á la casualidad.

—¡Ah! ¿Con que ése es su sistema? Es bueno por cierto.

—Si usted le hiciera comprender lo contrario....., dijo Susana con inquietud. Ya yo he procurado disuadirle de su error, manifestándole lo que podia economizar siendo tan hábil encuadernador; pero cuando hablo de cuentas se encoge de hombros, diciendo que las mujeres no entienden de eso.

—Y entónces te desesperarias, ¿no es verdad? ¡Pobre sobrina mia! Ahora adivino por qué te he visto llorar con frecuencia.

—¡Oh, tío!..... aseguro á usted.....

—Eso ha impedido que sigas regando tus macetas y cantando como tenías de costumbre.

—Pero, tío.....

Susana, confusa, bajaba los ojos y doblaba las esquinas del periódico; el inválido puso dulcemente la

mano sobre su cabeza, y continuó:

—Vamos, no vaya á creer que la riño; algun fin llevas en interesarte tanto por Cárlos, que aunque ahora es tu primo, algun dia será.....

La jóven hizo un movimiento.

—Bueno, prosiguió el veterano, no hablemos más de esto; siempre se me olvida que con vosotros es preciso ignorar lo que se sabe; en suma: te ha dado palabra y tú se la has dado á él igualmente; ¿no es verdad?

Susana meneó la cabeza y dijo:

—En otra época..... pero desde algun tiempo á esta parte se manifiesta tan frio y tan enojado.....

—Sí, respondió Vicente, pensativo; cuando se gusta de las diversiones ruidosas, los placeres de familia parecen monótonos y fastidiosos.

—Pero puede que Cárlos se corrija; si usted le hablase....

El anciano hizo un gesto de desconfianza, y prosiguió:

—Estas cosas no se corrigen con palabras, sino con hechos; es más fácil hacer un buen soldado que un hombre de razon: para formar al primero basta el ejercicio, la experiencia, las fatigas y el estrépito del cañon. En tu primo no hay voluntad, porque no ve objeto, y es preciso mostrarle uno que le haga valeroso, y esto no es asunto de tan fácil concepcion..... Sin embargo, pensaré.

—Ahora sí que no me he equivocado, dijo la jóven, que habia escuchado pasos en la escalera y conocido que eran los de su primo.

—Entónces, silencio, dijo el invá-

lido; que no presuma que hablamos de él; prosigue tu lectura.

Susana obedeció; pero el temblor de su voz fácilmente hubiera revelado á un observador atento la emoción que experimentaba. Mientras que sus ojos seguían las líneas impresas y su boca pronunciaba maquinalmente las palabras, su oído y su pensamiento estaban atentos en su primo, que, habiendo acabado de abrir la puerta, puso su sombrero encima de la mesa que había en medio de la habitación.

Autorizado su silencio por la lectura, que no debía interrumpir, el joven no saludó ni á su tío ni á su prima, y aproximándose á la ventana, se apoyó en su pretil con los brazos cruzados. Susana continuó sin comprender nada de cuanto leía, y Carlos, que había parecido en un principio ajeno á la lectura, concluyó por prestar atención, aun cuando á su pesar. La joven, después de mu-

chas noticias que leyó respecto á robos, incendios y otros accidentes, llegó á un párrafo que decía lo siguiente:

« Un pobre encuadernador de Sevilla, llamado Pedro Muñoz, queriendo á toda costa granjearse una fortuna, concibió el pensamiento de partir para la India, país que había oído citar como el del oro y los diamantes; vendió, pues, lo poco que poseía, pasó á Cádiz y se embarcó en calidad de ayudante de cocina en un navío americano. Trascurrieron diez y ocho años sin que se hubiese oído hablar de Pedro Muñoz, y últimamente sus padres acaban de recibir una carta en la que anuncia su vuelta; también en ella les hace saber que el ex-encuadernador, después de infinitos trabajos y padecimientos, viene á España tuerto y manco, pero poseedor de una fortuna que se evalúa en doce millones de reales.

(Se continuará.)

BLASILLO.

(Continuación.)

II.

— Buenos días, señor Conde,
Al entrar Mariano dijo,
Y por el Conde el portero
Fué en verdad bien recibido.
Era todavía joven
El Conde, un hombre muy fino,
De muy simpático aspecto,
Y cortés y distinguido.

— Muy bien de usted me han hablado,
Le dijo, y por eso mismo
He venido con propósito
De tenerle á mi servicio.

— Muchas gracias, señor Conde.

— Creo que tiene usted hijos.

— Uno solo.

— ¿Grande?

— Tiene

Diez años.

— ¡Sí? Como el mio;
Pues quiero, señor Mariano,
Que me mande usted aquí el chico.
— ¡Para qué?

— ¡Bella pregunta!
Porque lo quiero, y confío
Que usted hará lo que le manden.
— Es que antes mandé aquí el niño
Y los lacayos le echaron
Brutalmente.

— Señor mio,

Lo que yo mando ha de hacerse.
— Y yo me honraré muchísimo
En servir al señor Conde;
Mas no quisiera que el hijo
De mis entrañas viniera
Á sufrir aquí desvíos,
Malos tratos....

— ¡Qué se entiende?
Si hay algun criado indigno
Que maltrate aquí al muchacho,
No le faltará el castigo.



Ricardo y Blasillo.

— Y luégo tengo otro escripulo;
Aunque traten con cariño
Á Blas, al fin esos hombres
Hablan mal, son poco finos,
Y dicen mil desvergüenzas,
Y no quiero que Blasillo
Aprenda el lenguaje innoble
De las cuadras y otros sitios.

—
Quedóse mirando el Conde
Al portero, reflexivo,
Y luégo con tono afable
Le dijo: — Yo tengo un niño
Tambien, y el de usted deseo
Que acompañe siempre al mio;
Pero tiene usted razon,

Que no venga aquí Blasillo.
Yo haré que mi niño vaya
Á buscarle. Dos amigos
Serán; quiero que se quieran,
Y estén conformes y unidos.
— Tal deseo, señor Conde,
Nos favorece infinito,
Y fuera en mí gran infamia
No mostrarme agradecido.
— Vaya usted con Dios, y tenga
Por seguro su destino
En mi casa; que yo siempre
Al hombre de bien estimo.

—
Mientras los padres hablaban,
Ya estaban juntos los chicos,

Ya el señorito Ricardo,
Habiendo hallado á Blasillo,
Hízole cien mil preguntas,
Á que contestó el buen niño
Con discrecion y cordura,
Como un muchacho de juicio.
— ¡Vamos á jugar?

— El caso

Es que mi padre querido
Me encargó que hiciera un ramo,
Y voy á hacerlo ahora mismo,
Para el señor Conde.

— Bueno;

Luégo lo harás.

— Es preciso

Que á mi padre le obedezca.

— No eres poco tonto, chico;
Vamos á jugar al aro,
Y verás qué divertido.

— Para que juegue, mi padre
No me ha dado su permiso.

— Te lo mando yo, y ó juegas,
Ó te pego.

— Señorito,

Eso de pegarme...

— Mira,

Á ver, ¿quién podrá impedirlo?...

— Yo mismo...

— ¡Tú mismo? ¡Toma!

Y no seas atrevido.



Un bofeton iba á darle,
Pero retiró Blasillo
La cabeza prontamente,
Y el otro, en justo castigo,
Cayó de bruces, hiriéndose
En la cabeza. A sus gritos
Acudieron los criados,
Y el taimado señorito,
— Que Blasillo me ha pegado,
Gritaba, llorando, el niño.
Id á decir á papá
Que vosotros lo habeis visto.
Los lacayos, embusteros,
Al punto fueron solícitos
A contar al señor Conde
Lo que era un embuste indigno.
El Conde llamó al muchacho,
Le reprendió muy altivo;
Pero Blasillo, sereno,

Mirándole de hito en hito,
— Es mentira, señor Conde,
Cien y cien veces le dijo,
Y si don Ricardo miente,
Yo la mentira abomino;
Quiso, sin razon, pegarme;
Confieso que anduve listo
Y evité el golpe; cayó,
Y él solo, él solo se ha herido.
Esto pasó, señor Conde,
Y todo lo que le han dicho
Los criados, lo dijeron
Por orden del señorito.
Viendo el Conde tal firmeza
En el simpático niño,
Comprendió la accion indigna
De Ricardo, y en castigo
Le dijo: — Ricardo, ahora
Vas á pedir á Blasillo

Perdon de la mala accion
 Que con él has cometido.
 — ¡ Oh! no señor, señor Conde,
 Exclamó Blas, no permito,
 Ni yo estoy incomodado
 Por eso; — y con gran cariño
 Acercóse Blas al otro,
 Que estaba allí muy mohino,
 Y le dijo: — Don Ricardo,
 Ya pasó; somos amigos.
 Dije la verdad, porque
 Yo siempre la verdad digo.
 Pero el jóven don Ricardo
 Tenía muy mal instinto,
 Porque aquella misma tarde,

En el jardin reunidos
 Él y su hermanita Julia,
 Por el más fútil motivo
 Quiso pegar á la niña,
 Y lo iba á hacer el inicuo,
 Cuando Blasillo, indignado,
 Al punto corrió á impedirlo.
 Fué la cuestion porque Julia,
 Niña de carácter tímido,
 Muy amante de las flores,
 Llevó á mal que su hermanito
 Fuese arrancando las rosas,
 Los claveles y jacintos.

FRONTAURA.

(Se continuará.)

EL BAILE DE MÁSCARAS.

(Conclusion.)

Ibase, hijos mios, acalorando demasiado este diálogo, y como todos tuviesen las contestaciones del aldeanito por demasiado picantes, se levantó un murmullo sordo, del que nose percibia más que la palabra insolente, retirándose sucesivamente los que le rodeaban, y dejando al bravo campeón solito en medio de la sala.

En esto, el bastonero hace la señal de una contradanza: toman todos sus parejas, y nuestro paisanillo saca á una jovencita que no habia bailado en toda la noche. Este proceder, que demostraba la bondad de su corazon, acabó de hacerle odioso, porque se habia formado un serio complot para que aquella niña no fuese favorecida por ningun bailarín; pero cuando estaban más engolfados en el bai-

le, sucede que de repente, y al dar una cabriola en que desplegabá sus gracias el jóven príncipe, ó el que por tal se tenía, resbala en el pavimento y cae. Nuestro aldeanillo fué el primero que se arrojó á él para levantarle y prodigarle los más tiernos socorros. Pero poco despues le aparta la turba congregada, y como los ricos bordados de su Real Alteza habian padecido algo con la caida, no tardaron en decir que las manos de aquel zafio palurdo eran las que los habian echado á perder, y aún faltó poco para declararle autor del accidente ocurrido á su señoría; pero de la duda se pasó á las reconvenciones, de éstas á las injurias, de las injurias.....

¡ Oh, Dios mio! ¡ Qué escena tan

desagradable! No faltó quien se atrevió á darle de patadas, otros le empujaron de un lado, y otros le tiraron del otro; y cuando afligido de tanto sufrir y aburrido con tantos insultos iba á retirarse, piden todos á una voz que se le obligue á quitar la máscara: el pobrecito infeliz suplicó con las mayores instancias que le dejasen marchar, sin añadir una nueva pena á las muchas que ya habia experimentado; más léjos de compadecerse, comenzaron todos á gritar que se le quitase por fuerza. Entónces, no pudiendo resistir ya esta prueba, exclamó con indignacion levantando la cabeza:

—¿Vosotros lo quereis? Pues bien, accederé; ved mi rostro, ¿le reconocéis?... ¡Malvados, que no habeis querido evitarme el dolor de avergonzaros delante de mí! Y al decir esto lanzó su careta al medio de la turba.

No podriais, hijos míos, formaros vosotros una idea de la consternacion en que cayeron todos aquellos niños. El paisanito tan mal vestido, tan mal tratado, aquel niño que se habia manifestado tan hábil, tan noble, tan bueno y tan complaciente, y al que habian rehusado nobleza, talento, bondad y virtud, porque no traia un vestido de córte; aquel niño de la plebe, en fin..... era el hijo del rey. Cuando se descubrió, se retiró muy triste, considerándose desgraciado; y cuando algunos de los que él más habia amado osaron todavía acercársele para articular algunas disculpas, ó fingir algun sentimiento, él los despidió, diciéndoles: en

lo sucesivo, cuando vayais á verme, sólo encontraréis en mi silla mi hermoso vestido de príncipe; á él sólo haréis la córte, pues con él sólo tenéis amistad. Para que la leccion fuese más completa y mayor la humillacion, hizo quitar la careta al niño desmayado, con el pretexto de que le diese el aire, y vieron que el reputado hasta entónces por el hijo del rey, y á quien toda la noche habian prodigado tanto incienso, no era otro que el hijo de uno de los marmitones de palacio. Juzgad ahora, hijos míos, si toda aquella turba de adaladores se propondria en adelante apreciar á las personas por los trajes.

Niños míos, si os he llevado á la córte ha sido para mostraros, si bien que os debeis precaver contra la maldita vanidad que tanto altera el candor y sensibilidad del corazon humano, tambien para enseñaros que si algun dia la suerte os colocase en algun destino esclarecido, conozcais que los homenajes de que con tanta frecuencia seréis objetos se dirigen más bien á vuestros títulos y rico traje que á vuestro mérito personal; por tanto, os debeis afanar por conocer en qué consiste el verdadero mérito, á fin de procurar adquirirle, y en este caso os será más fácil distinguir en los que se os acercan la lisonja y pedantería de los unos, que es capaz de corromper vuestras buenas cualidades, y la modesta razon de los otros, que es más capaz de ilustraros. El chasco ocurrido á los niños de la córte respecto de su príncipe, que os acabo de referir, os

demuestra bien á las claras que un exterior ménos elegante no es una señal infalible de que bajo de él no se encuentren las prendas de corazón más estimables y dignas de adornar el nuestro.

J. BALLESTEROS.

EN LA NIEBLA.

(Continuacion.)

III.

Hasta entónces habia podido andar sin grandes tropiezos, gracias, primero, al pobre caballo del coche, y luégo, miéntras estuve buscando al niño, á la compañía del agente de orden público. Ahora se trataba de andar completamente solo y sin ayuda de ningun guía.

Volví á buscar el camino del arco que da paso á la plaza de la Armería desde la de Oriente, y despues de una hora, tropezando y casi cayendo, me encontré en el tenebroso paso del viaducto, pensando aterrado en el peligro de caer desde lo alto del puente á la calle de Segovia, salto que en manera alguna me convenia dar.

Una sombra humana que llegaba, sin duda, de hácia la Cuesta de la Vega, habia entrado en el viaducto al mismo tiempo que yo.

Iba á muy buen paso, y oia que apoyaba su baston de cuando en cuando en el suelo, pero no parecia preocuparse de la niebla en modo alguno.

Traté de imitarle y me permití di-

rigirle la palabra. Francamente, viéndole marchar con tan singular ligereza en aquellas tinieblas, empecé á creer que íbamos por la calle Mayor y no por un sitio tan peligroso.

— Señor mio, le dije, V. perdone, pero, ¿podrá V. decirme por dónde vamos?

— ¿No lo ve V.? por el viaducto; si es V. extranjero dígame V. adónde quiere ir y yo le guiaré, porque me sé de memoria á Madrid.

— Yo tambien conozco bien la capital, donde siempre he vivido, pero ¿quién sabe andar por Madrid esta noche? Con esta niebla ni se ven las calles, ni los dedos de la mano. Por cierto que me ha chocado que V. ande tan ligeramente y como si viera claro en medio de la oscuridad. Por mi parte confieso á V. que dudo poder llegar á mi casa.

— Es verdad, me dijo el desconocido, que desde esta mañana estoy oyendo decir que hay una niebla tan espesa que no se ve nada absolutamente. ¿Hay tambien niebla esta noche, caballero?

Me dejó estupefacto esta singular pregunta.

— ¡ Hombre! ¿ Con que V., por lo visto, no ha advertido siquiera que hay niebla?

— Mire V., á mí me ha parecido el día de hoy y me parece la noche lo mismo que todos los días y todas las noches.

— Permita V. que le diga, señor mío, que debe V. tener la condición de los gatos, que ven lo mismo de noche que de día. Siempre es una felicidad.

— ¡ Una felicidad! repitió el hombre con cierta melancolía. Lo que sucede hoy es que esta niebla que dicen V. y todos que es tan densa, hace por hoy, á lo ménos, á los demas iguales á mí.

— No comprendo á V., le dije; y en efecto no le comprendía, porque también la niebla había, sin duda, oscurecido mi inteligencia.

— Pues me parece, replicó, que me explico con bastante claridad. Dígame V., caballero, ¿ qué me importa á mí que haya ó no haya niebla, si soy ciego?

— ¡ Ah! Es V. ciego, un ciego que no ve, y sin embargo, ve mejor que los que tienen vista.

— ¡ Un ciego que ve! ha dicho usted. ¿ Me toma V. acaso por uno de los *dos ciegos* de la zarzuela de este título?

— ¡ Pues qué! ¿ Es V. ciego y ha visto, sin embargo, la zarzuela *Los dos ciegos*?

— ¡ Hombre! Soy ciego, pero no soy sordo. Amo extraordinariamente la música, y he oído muchas veces esa y otras zarzuelas. La música

es una de las profesiones más al alcance de los ciegos, y sepa V., caballero, que yo soy músico y vivo de la música. Toco el violin y el piano, y según dicen mis compañeros, no soy de los que peor lo hacen. Si tuviera aquí un piano tendría sumo gusto en que V. me oyera; pero si no tengo piano, conmigo traigo la flauta, y me oirá V.

— Creo todo lo que V. me dice, y le ruego me dispense si acaso he dicho ántes alguna inconveniencia.

No me contestó siquiera; lo que hizo fué empezar á tocar en la flauta con una dulcísima entonación, con un sentimiento conmovedor y con una maestría admirable el *Miserere* del *Trovador*.

Aquellos incomparables sonidos me arrancaron exclamaciones de entusiasmo, y por Dios le supliqué que repitiera tan hermosa pieza musical.

— Eso sí que no, me dijo; para haceros ver que no soy un músico despreciable he sacado mi flauta del bolsillo, pero no puedo consentir que se me estropee con la humedad. Los instrumentos músicos necesitan ser cuidados con tanto esmero como los pulmones y la garganta de los cantantes. Tome V. mi brazo, déjese usted guiar por mí, y vamos adonde usted quiera.

Así lo hice. Díjome que era ciego de nacimiento, y me dió los más singulares detalles sobre su educación. Había sido educado en el colegio de sordo-mudos y ciegos, y con disposiciones naturales para la música, había llegado á ser profesor de los

ciegos, y con esto vivia con cierta holgura.

— Cuando se tiene carácter firme y se lleva el mal con paciencia, me dijo, se puede sacar provecho hasta de la misma desgracia. Dios me ha privado de la vista, pero me ha dado excelente oído, el gusto del arte, la pasión del trabajo, buenos amigos y cariñosos padres... ¿Tengo motivo para quejarme de mi suerte? Ahora mismo estais viendo que, aunque no sea más que cuando hay niebla, un ciego puede prestar servicio á su semejante que tiene vista clara. Yo paso por estos sitios todos los días sin ver, y lo que ahora es para usted una gran contrariedad y un gran peligro, no es nada para mí. La ceguera tiene también sus compensaciones. De noche un ciego tiene mil ventajas sobre los que están dotados del beneficio de la vista. Ya sé yo que hay infinidad de cosas hermosísimas que no puedo ver; pero hay otras muchas, acaso más, que son feas, horribles, y éstas no tengo el disgusto de verlas; y de todo lo que no veo, mi inteligencia, mi corazón me dan una idea acaso superior á lo que son en realidad, es decir, que lo hermoso aún me lo figuro yo mucho más hermoso que es, y de lo feo apenas tengo idea. Tengo un tacto seguramente muy superior al de los demás, mis oídos perciben lo que acaso no perciben los de aquellos que tienen el sentido de la vista, que tanto distrae y preocupa; todo me lo revelan los sonidos, y los sonidos tienen para el ciego mil delicadezas des-

conocidas sin duda para los que no lo son. Además, si yo soy ciego físicamente, ¡cuántos no hay que lo son moralmente, que es muchísimo peor! Dios me ha hecho ciego. Él habrá tenido sus razones, que yo no me he metido nunca á querer investigar, contento como estoy con el bien que me ha hecho, dándome resignación y conformidad y librándome de esa miserable pasión que se llama la envidia. ¡Bendito sea Dios! Mientras tenga aliento no cesaré de darle gracias por los grandes favores que me ha dispensado, en medio de la que todos llaman mi desgracia.

De pronto se detuvo.

— Aquí tiene V. su casa, calle de las Tabernillas, número 3. Venga usted á verme, y me dará una satisfacción. Todos los días salgo á dar mis lecciones; pero los domingos, después de oír misa temprano, vuelvo á casa y ya no salgo. Le haré á usted oír algo bueno en el piano, y verá V. mi librería de ciego. Tengo libros alemanes, ingleses y franceses y algunos españoles, hechos todos expresamente para los ciegos; largo tiempo hemos estado olvidados en España, pero ahora parece que ya se nos mira con alguna solicitud. Dios agradece mucho lo que se hace por los ciegos.

Prometí á aquel santo varón que el primer domingo iría á visitarle, y me despedí de él, lleno de afecto y agradecimiento, porque su desgracia era sumamente simpática, y sus ideas excitaban la más profunda admiración.

Continuando mi camino, del que me habia extraviado acompañando al ciego, iba agradablemente preocupado con pensar en lo que habia oido decir al ciego. La Providencia, para recompensarme de la buena obra que habia hecho aquella noche buscando al niño perdido, me habia deparado la sorpresa de que me guiara moral y materialmente un ciego. Cuando me vi solo, me pareció que no solamente habia perdido mis dos ojos, sino tambien una parte de la luz intelectual que la sencilla y persuasiva palabra del ciego habia encendido en mí.

Tan agradablemente impresionado, y en estas buenas disposiciones, renunciando ya, por ser muy tarde, á la visita que me proponia hacer, llegué á mi casa á tiempo de poder ofrecer hospitalidad á los tres perros perdidos de que he hablado al comenzar esta narracion, que estaban llenos de miedo y de frio, acurrucados junto á mi puerta.

IV.

Para proceder con órden, debo decir á mis lectores que al dia siguiente á las ocho de la mañana vi entrar en mi casa al cochero. Despues de pedirme que le disimulára por venir tan de mañana, me presentó la grave cuestion de la avería ocurrida en el coche por mi culpa. El maestro de coches no la apreciaba en ménos de veinticuatro pesetas, y el cochero era de opinion que yo debia ser quien pagára el desperfecto ocasio-

nado. Cuestionable era el asunto, pero me pareció lo más prudente pagar, compadecido del pobre cochero. Y no sólo le pagué la composura del carruaje, sino que para despedida le llené de vino un vaso y él se lo bebió seguidamente.

Cuando dejó el vaso vacío sobre la mesa, creí que iba á saludarme y á marcharse, pero nada de eso. Daba vueltas en las manos á su sombrero, sin moverse, y comprendí que no estaba todavía dispuesto á despedirse. Supuse que el hombre esperaba que le instase con otro vasito de vino, y así lo hice. Pero no, no era eso lo que esperaba.

Para animarle le dije:

— Vamos, ese otro vaso; á la salud del caballo.

— ¿Del Moro? me dijo; sí, señor, con mucho gusto lo beberé á la salud del Moro. Mire V., mi amo, desde anoche tengo un sentimiento...

— ¿Estará V. arrepentido de haber castigado al Moro cuando se enganó el coche en la garita, ¿no es eso?

— Sí, señor; el pobre animalito no merece malos tratos. Cuando volvimos á la cuadra le abrigué bien con las mantas de mi cama, le dí un buen pienso y le pedí perdon por haberle dado aquellos latigazos, que á mí me dolieron más que á él. Pero mire V., lo que me incomodó mucho anoche fué que V. hablase mal del caballo y sacase á relucir lo que valen los caballos ingleses. Mi caballo, señorito, vale más que todos y ha hecho cosas que, si fuera una perso-

na, no se le podría hablar más que con el sombrero en la mano.

— ¡Hombre! Cuénteme V. la historia de ese caballo mientras me visto.

— Pues mire V., mi caballo no ha

tirado siempre del coche, no señor, que ha sido antes de un regimiento, y estaba al servicio de un capitán de coraceros del Rey.

(Se continuará.)

P. J. STAHL.

LA MÁQUINA DE COSER.

La máquina de coser es una de las maravillas de este siglo, maravilla de ingenio y utilidad, con lo cual he aquí no cumplido el refrán aquel de «honra y provecho no caben en un saco»: ambas cosas consiguió su inventor, y las consigue también toda persona que posea una de estas prodigiosas máquinas, puesto que el trabajo honra y el no gastar aprovecha.

Después de la primera, cada día han aparecido sucesivamente nuevos sistemas y nuevos nombres, perfeccionadas y útiles á cual más, pero entre todas éstas la llamada *Singer* se puede asegurar que es la más completa y que da mejores resultados; tiene la grandísima ventaja de no enredar el hilo, no cortar la tela como otras, que al concluir una costura aparece á lo mejor una cortadura ó el pespunte torpe, y machacada la tela en todo el largo de la costura.

Con sólo una sencilla explicación, cualquiera puede aprender fácil y prontamente.

Para las personas delicadas, las de pié no son convenientes; el movimiento puede hacerlas daño, por más que sea ligero y suave; pero para estas personas está la de mano, conveniente hasta para las niñas: es del mismo sistema y más parece un juguete que un mecanismo de gran utilidad. Colocada sobre una pequeña base de caoba de tres á cuatro centímetros de alta á lo más, tiene una tapacajon que se engancha y cierra con su llave cuando no hay que hacerla funcionar, evitan-

do se ensucie con el polvo, y además, de este modo, sin ningún peligro, se puede llevar de una á otra parte. En caso de un viaje se hará preciso colocarla en otro cajón de madera basta, después de envuelta en lienzo ó papeles.

Este precioso juguete, como he dicho, es útil y provechoso, es enemigo de la frivolidad y del ocio, incita, engaña, entretiene, digámoslo así, á toda persona que llegando á poseerla coge una vez el manubrio y le da vueltas por espacio de cinco minutos, viendo aparecer el limpio y precioso pespunte.

¡Cuántas combinaciones pueden ejecutarse con poquísimo ó ningún trabajo! ¡Cuántos pequeños primores con estrechas tiras de nan-suk ó muselina, y entredoses, canesús, vuelos, mangas, cuellos, gorras, *fichús*, corbatas, puños y otra infinidad de pequeñeces, que su valor para confeccionarlas es poco más que nada, y para pagarlas hechas es algo más que mucho! Igualmente, cuando se quieren obras de más importancia se hacen con la mayor facilidad y cómodamente, abrigos, trajes y toda clase de prendas en cualquier tela que sea, pues sin cambiar el prensatela, esta máquina de pié ó á mano cose lo mismo el batis-ta que el terciopelo y el paño.

Las legítimas *Singer* se venden en el depósito calle de Carretas, núm. 35, Madrid.

Para el pago se dan tales facilidades, que se puede pagar una máquina dando 14 reales semanales.